

Presencia de la educación y la cultura en las relaciones internacionales de Chile*

He sido elegido para ocupar el sitial que desempeñara con máxima propiedad don Juvenal Hernández, un chileno trascendente y ejemplar. Con ese espíritu trataré de representar en esta misión a sus discípulos, entre los cuales me cuento.

Juvenal Hernández fue ejemplo preclaro de la sociedad chilena en que le tocó vivir y a la que ayudó a formar. En los primeros años de este siglo surgió, en el modesto hogar de un maestro rural, una de las personalidades más fuertes y determinantes del desarrollo de la educación superior, la cultura y la política chilenas. Él, con plena conciencia de estos valores, recordaba así sus primeros pasos:

“Vine un día de las montañas sureñas, empujado por mis sueños de adolescente. La gratuidad de la educación en todos sus grados que la generosidad de la democracia chilena garantizaba a sus hijos me abrió las puertas de los estudios superiores. El gran forjador de juventudes, primer Rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina, dirigió mi formación durante mis estudios secundarios, y su sombra protectora guió también mis pasos al estudio de don Juan Esteban Montero, a quien había conocido y admirado como profesor de Derecho Romano y abogado de gran prestigio en los círculos profesionales”.

He aquí, señalado por el propio Juvenal Hernández, dos nombres señeros de su futuro: el maestro que influiría su destino universitario; el jurista que lo internaría en el domus romano. Simbólicamente, los dos hombres de bien, en el sentido que Machado gustaba de la profunda simplicidad de esta palabra. Por eso no es extraño que, una vez titulado de abogado en el año 1924, su prime-

*Basado en el discurso de incorporación del autor a la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile, discurso en que se rindió homenaje a su predecesor en dicha Corporación, el ex Rector de la Universidad de Chile don Juvenal Hernández.

ra orientación fuese hacia la enseñanza y la primera función, una ayudantía de la cátedra de Derecho Romano, y que cuando revive el afecto de ambos resalte la sentencia de Lelio: "La primera ley de la amistad consiste en no pedir ni obtener jamás cosas reprochables".

Su gran carrera universitaria comenzó el 30 de julio de 1931 al ser designado Decano Interino de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, y el 17 de octubre del mismo año Decano en propiedad.

Dos años después, el 24 de septiembre de 1933, fue elegido Rector por el Claustro Pleno.

El recuerda así a la Universidad que llega a dirigir:

"Al hacerme cargo de la Rectoría, la Universidad de Chile era casi exclusivamente profesional y académica. La memorización y la clase magistral fueron hasta entonces su método y la graduación de profesionales capacitados su objetivo (. . .). Pero no podía nuestra Casa de Estudios Superiores seguir viviendo aislada del ambiente nacional. El país, como consecuencia de la acción refleja de los acontecimientos que agitaban al mundo, empezaba ya a perder sus características de subdesarrollo, para transformarse en un vasto campo de germinaciones y de luchas, en una verdadera puja de creaciones, reemplazos y eliminaciones sucesivas en que consiste el inmenso espectáculo de la vida universal. El impulso de las nuevas corrientes económicas y sociales, la complejidad de la vida pública y el debilitamiento cada vez más acentuado de los derechos subjetivos, hicieron que el Estado perdiese su aspecto contemplativo; dejó de ser un ente abstracto, amorfo y débil, para transformarse en el órgano de coordinación activo de la vida de un pueblo que se esfuerza por alcanzar su desarrollo económico-social y cultural. La Universidad necesitaba, pues, transformarse, porque si ella no vibra con el medio social es una cosa muerta".

El cuerpo superior de profesores reunido en Claustro Pleno, lo reeligió tres veces, llegando a completar 20 años en el cargo. Durante ese lapso desempeñó en tres oportunidades la Cartera de Ministro de Defensa Nacional, del Presidente de la República don Pedro Aguirre Cerda, del Vicepresidente don Jerónimo Méndez Arancibia y del Presidente de la República don Gabriel González Videla.

La rectoría de Juvenal Hernández está caracterizada por un curso constante de creaciones y en muchos casos el reemplazo de los viejos sistemas verbalistas por los métodos experimentales y positivos. Todo ello está orientado por una política de expansión de actividades para satisfacer mejor las crecientes necesidades nacionales, junto a una estrategia de democratización que ampliaba los horizontes de las aulas a contingentes más vastos de la juventud chilena.

Las Facultades de Agronomía, Medicina Veterinaria y Ciencias Pecuarias, Ciencias Económicas, Ciencias y Artes Musicales, Ciencias y Artes Plásticas, Odontología, Arquitectura y Química y Farmacia, fueron creadas sucesivamente durante su mandato. El número de Institutos de Investigación Científica alcanza a cerca de 40, se establece la carrera de Ingeniería Forestal y se exhiben al país transformados para satisfacer las nuevas realidades el Observatorio Astronómico, el Observatorio Sismológico, el Museo de Arte Contemporáneo y el de Arte Popular. Se crea la Estación de Biología Marina.

La Extensión Cultural de la Universidad de Chile, que se había concebido es sus primeros pasos bajo el Rectorado del insigne don Valentín Letelier, alcanzó una dimensión y grado de desarrollo modelo para las universidades americanas, Y esta nueva forma de educación masiva se basó en creaciones que marcaron todo el desarrollo cultural del país, tales como las Escuelas de Temporada, de gran trascendencia internacional, la Orquesta Sinfónica de Chile, el Teatro Experimental, el Ballet y el Coro Polifónico de la Universidad. Fundó también la Editorial Universitaria en 1948.

Él tenía al respecto una idea muy clara y de profundo sentido social:

“Una Corporación de Altos Estudios es, pues, un instrumento capaz de obrar sobre el corazón y el cerebro de las distintas clases en que la sociedad prácticamente se divide y, además de la obra sistemática que realiza a través de las Facultades, practicando la investigación e impartiendo la alta cultura, tiene también el deber de participar al pueblo parte de su esfuerzo creador en la difusión de los primeros principios. Este resultado es el que se alcanza por la extensión universitaria”.

Su participación más directa y de carácter oficial vinculada a la vida internacional como parte de la política exterior del Estado chileno está representada por tres actuaciones muy significativas y prestigiosas contribuciones a nuestra presencia internacional.

En 1948 preside la delegación de Chile a la Conferencia Panamericana de Bogotá, en donde se aprobó la Carta de la Organización de los Estados Americanos, circunstancia en que a su vez le cupo un relevante papel para superar el trágico momento que se vivía en la ciudad sede de la Conferencia como consecuencia de una convulsión interna, permitiéndose la realización de tal reunión internacional. El desempeño del cargo de Embajador en Venezuela ante el Gobierno del Presidente Rómulo Betancourt durante la Administración de don Jorge Alessandri, período en el que se alcanza el mejor nivel de relaciones bilaterales con ese importante país sudamericano. La

elección por la Asamblea General de la UNESCO como miembro de su Consejo Ejecutivo, cargo para el cual fue reelegido, significativo reconocimiento mundial a este alto exponente chileno de la educación, la ciencia y la cultura.

Durante veinte años ejerció la presidencia de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual y promovió la creación de la gran mayoría de los institutos binacionales que hoy existen.

Con posterioridad a su rectoría, don Juvenal Hernández fue designado Miembro Fundador de esta Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, corporación que presidió varios años. Paralelamente a este cargo desempeñó la presidencia del Instituto de Chile hasta 1977.

Toda su obra estuvo determinada por su sentido público, pero es indudable que la mayor y más importante de sus tareas la hizo en la rectoría de la Universidad de Chile. El eminente profesor don Roberto Munizaga la ha caracterizado con precisión y elegancia, señalando acertadamente el marco y las orientaciones de la transformación dirigida por el Rector Hernández, cuando dice:

“Hoy día, colocados en una perspectiva histórica más amplia, comprendemos que se iniciaba allí esa gran transformación de estructura y funcionamiento que durante los últimos años la ha llevado desde una universidad estrechamente *capitalina* hacia una amplia universidad *nacional*; desde una universidad, en cierto modo, de *clase*, hacia una creciente universidad de *masas*; desde una universidad *tradicional* con el mínimo de sus funciones clásicas hasta una que, modernizándolas y expandiéndolas, según el espíritu de los tiempos nuevos, se aproxima a la *multi-universidad*; y desde una universidad *enclaustrada* para servir a una clientela regular de alumnos que buscan títulos y grados hasta una universidad *abierta* hacia lo local, lo regional o aún lo continental que se exclaustra ampliamente para salir al encuentro del público y sus problemas”.

Por eso puede sostenerse con total legitimidad que don Juvenal Hernández fue cabalmente un maestro de juventudes, pero también un gran actor de la cultura nacional, y el gestor de uno de los más importantes instrumentos que ha tenido la política internacional de Chile.

EL FACTOR CULTURAL EN LAS RELACIONES EXTERNAS DE LA NACIONALIDAD CHILENA

En efecto, si entendemos que la comprensión real de las relaciones internacionales excede hoy las formas tradicionales de la vincula-

ción entre Estados soberanos con capacidad de decisión autónoma, para abarcar el conjunto de las interacciones que pueden producirse entre sociedades consideradas como un todo y aquellas que se desarrollan entre grupos y valores de esas mismas sociedades, podemos aceptar que la educación y la cultura son y han sido factores fundamentales de la asociación entre los pueblos.

En el hecho, los pueblos se comunican y buscan la mutua comprensión a través de valores adquiridos en su proceso de formación colectiva. Cuando en esa formación concurren valores universales que privilegian la esencia de la condición humana, es fácil que se produzca una interrelación, incluso una interdependencia de sentimientos e intereses que permite emprender tareas comunes y el establecimiento de esa situación tan abstracta y real al mismo tiempo, que es la paz.

Por su parte, cada pueblo hace un esfuerzo ímprobo para definir y afinar su personalidad colectiva tratando de buscar la mayor integración de lo que constituye el ser nacional. Los pueblos que logran esa definición y connotan con esfuerzo perseverante claramente su nacionalidad, adquieren una segura vocación de apertura, comprensión y entendimiento, que les posibilita una integración en espacios mayores para ampliar sus perspectivas de desarrollo en unión con pueblos hermanos.

Creo que en Chile esa condición se dio desde los albores de la República y definió una vocación internacionalista, vigente durante la mayor parte de su curso histórico.

¿De qué otra manera puede explicarse la importante proyección de Chile en el mundo internacional?

Pensemos un poco en nuestro país, y en un ejercicio de sensata objetividad revisemos los datos fundamentales que lo definen. Estamos ubicados en uno de los extremos del mundo, y antes lo estuvimos mucho más; disponemos de un territorio de mediana dimensión que exige un gran esfuerzo para aprovechar su relativa dotación de recursos naturales, hemos dispuesto de una población más bien reducida en la comparación latinoamericana.

Sin embargo, este país con esas características, ha tenido una inserción internacional cuya presencia, en términos objetivos, podría decirse que ha trascendido los datos concretos de sus posibilidades.

Esto ha sucedido porque en las relaciones internacionales hay aspectos tangibles e intangibles. En nuestro caso, la presencia de Chile en la vida internacional, ha surgido y tomado una dimensión mayor, debido en gran parte a los aspectos intangibles de dichas relaciones y que se refieren básicamente a la capacidad de ciertos grupos para vincularse ejerciendo mutuas influencias y actuando en un sentido particular. La proyección internacional de Chile ha sido una expresión de apertura, de capacidad receptiva a la cultura

universal y de generosidad a su vez para abrirse a aquellos que algo podían recibir de su propio trabajo. Es en ese sentido, en el cultivo de las relaciones intangibles del mundo internacional, donde Juvenal Hernández adquiere mayor relieve. Es así como, siguiendo una vieja tradición, le da a la Universidad de Chile un carácter continental y la hace una Universidad de América donde vienen a estudiar verdaderas legiones de muchachos de otros países del Continente y de donde salen prestigiosos profesionales a sembrar el producto de los esfuerzos que en este país se había desarrollado a través de la educación y la cultura.

Pero esta vocación de la Universidad de Chile para desempeñarse como uno de los instrumentos fundamentales de las relaciones internacionales corresponde a una constante en la evolución del país.

La Universidad recoge una tradición y responde a un hecho básico: la gran fuerza de Chile en sus recursos humanos y la importancia de la participación de nuestro país en la comunidad internacional ha estado dada por estos recursos humanos, producto de una tradición intelectual que empezó en los primeros años de la República y se afianzó a través de la estabilidad de un sistema político; y de la visión y capacidad nacional que consolidó una clase media a la cual le permitió una participación creadora, privilegiando su desarrollo a través de la elevación de los niveles educacionales y el fomento de la creación cultural.

Esta tradición, de la cual Juvenal Hernández es uno de los más altos exponentes, se inicia al comenzar el siglo XIX. En efecto, el liderazgo intelectual patriota y los gobernantes de entonces comprenden tempranamente la necesidad de instruir, como condición para la formación de ciudadanos capaces de contribuir a la estabilidad social y política de la naciente república.

Es entonces cuando el Gobierno de O'Higgins contrata al inglés Diego Thompson para organizar en Chile escuelas lancasterianas, sistema que, para las condiciones de la época, constituía un método eficiente para acelerar la instrucción básica del pueblo. Es así como Chile recibe un mensaje educativo de Inglaterra en una promisoriosa actitud de apertura al universalismo cultural.

Ya empieza a hacerse carne aquella emigración cargada de ciencia y nostalgia, que representó el viaje y larga estada del Abate Molina en Bologna, y que fue como una anticipación simbólica de tantas idas y venidas de hombres de talento, arte y ciencia, amarrando a sus peregrinaciones las sanas influencias de mundos variados y distintos, que nos ayudarían a crear una fructífera interdependencia.

Desde un punto de vista clásico, se ha concebido a las relaciones internacionales como aquellas que tienen lugar a través de las fron-

teras de los Estados soberanos. Sin embargo, como se anticipaba, hoy pueden entenderse como toda forma de interacción que vincule a diferentes grupos y sectores de esas diversas sociedades.

Siguiendo la evolución de la realidad contemporánea, este nuevo concepto de las relaciones internacionales gira en torno al fenómeno de la interdependencia.

Esta situación de interdependencia, que para la mayoría de los autores modernos constituye una característica básica de las relaciones internacionales contemporáneas y de la vinculación existente entre sus diferentes actores, ha sido praxis constante de la nación chilena y política de Estado de sus gobiernos.

Esta corriente de apertura iniciada en el gobierno de O'Higgins, continúa poco tiempo después con figuras ilustres como José Joaquín de Mora y Andrés Bello, quienes vienen de Europa y América a incorporarse y dinamizar nuestro naciente proceso nacional.

Mora y Bello son dos personalidades que representan lo mejor de lo que puede obtenerse de la colaboración internacional. Que no otra cosa es la presencia de extranjeros de tan alta alcurnia intelectual en nuestro país.

De acuerdo a las prácticas de la época, fueron nuestros agentes en el exterior, atentos al encuentro de talentos positivos para la definición y afianzamiento de la nacionalidad, quienes los interesaron y reclutaron para trabajar en Chile. Con distintos grados de participación e influencia, fueron notables los dos, tanto en sus obras como en su pensamiento.

Mora, inicialmente invitado para trabajar en aspectos educacionales, extiende su participación a una amplia gama de problemas, destacándose por su influencia en la redacción de la Constitución de 1828.

La llegada de Bello y su prolongada presencia en Chile cubre tal variedad de aspectos, que con razón puede considerarse el extranjero más preclaro de los avecindados en Chile o el chileno que con mejores méritos ganó la condición de tal. En cualquiera de los dos casos, su origen estuvo en un acto visionario de política de cooperación internacional. Asimismo, el Código Civil que elaborará más tarde, al difundirse y adoptarse por varios países americanos, constituirá de hecho una de las más trascendentales expresiones de colaboración externa que entregaba la nueva nación chilena.

Andrés Bello es uno de los mayores símbolos de la apertura cultural que inspiró a nuestros gobernantes del siglo XIX. Activo en la administración, clásico y prolífico en las letras, pragmático y profundo en el consejo político, perseverante y visionario en la etapa de creación de la Universidad. Un eminente latinoamericanista de la Universidad de Yale dice de su estada en Chile:

“En esos años Bello no sólo realiza una obra personal impor-

tantísima de poeta y filósofo, sino que proyecta su influencia sobre todas las ramas de la cultura, orienta con su crítica literaria y teatral a la nueva nación chilena, forma una generación de poetas e historiadores, echa las bases de la Universidad y de toda la educación, crea una filosofía original en la tradición de la escuela inglesa, participa en la fundación orgánica de la nación al dotarla de un Código Civil o al estructurar sus directivas en materia de política nacional e internacional”.

Pero es sin duda la Universidad de Chile su obra de mayor envergadura, porque ella influye en más de un siglo de historia republicana, a través de la formación de miles de profesionales y estudiosos, y crea la base de nuestra institución educativo-cultural que sería el crisol en que se fraguarían los valores de la proyección internacional del país.

En su discurso inaugural fija el marco conceptual para el desarrollo universitario, marco que será el patrón moral de toda una forma de institucionalidad:

“La universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas), el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión), es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la Humanidad —y digo más— lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del Estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que, por una coincidencia significativa, es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón desplecase jamás las velas y de buena gana la condenaría a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas por que abogan”.

He allí, de verdad, un conjunto de ideas que son piedra funda-

cional de la Universidad, con su mensaje misionero y su advertencia conductual. He allí, también, el antecedente que junto al clima de estabilidad y tolerancia reinante en el país, explica la magnífica emigración transandina, entre los que figurarían los argentinos Domingo F. Sarmiento, Juan B. Alberdi, Bartolomé Mitre, Vicente López y el uruguayo Juan Carlos Gómez, a quienes cupo desempeñar un papel tan sobresaliente como fecundo en el progreso de la enseñanza y la difusión de la prensa.

Pero también se debe a que el país recibe a los que deben exiliarse de las apasionadas luchas intestinas de sus respectivos países, o a los que buscan mejores destinos que los estrechos horizontes de sociedades marcadas por la convulsión y la asfixia intelectual.

Con plena conciencia de que la cultura es universal y evitando todo provincialismo, los gobernantes de la época se abren, también, a la inteligencia extranjera, y más aún, la convocan para que colabore en abierta discusión con el crecimiento del país. Para ejemplo está toda la polémica que rodea a la generación del 42, y que en el hecho comienza entre Bello y Mora, continúa frente a Sarmiento y se acentuará con Lastarria sobre temas de filosofía de la historia, que con bastante proximidad de tiempo se desarrollaba en Europa.

Refiriéndose al período de formación de la Universidad de Chile, el maestro Feliú Cruz dice:

“Esta Universidad, por obra de esa idea, es la Universidad de América. Y es la Universidad de América, porque la formaron americanos en horas de ensueño para hacer la grandeza moral de América.

Cuando desterrados de sus pueblos, pobres de bienes materiales, pero poderosos en bienes intelectuales; cuando concebían para sus patrias mejores días de libertad y de progreso, esos americanos encontraron en esta Universidad un asilo, un oasis de paz, donde trabajar y consolidar los ideales.

Bello, el creador de ese espíritu americanista en la Universidad de Chile, ya lo sabéis, era un caraqueño. Hostos, un portorriqueño. Pardo y Aliaga, un peruano. García del Río, un neogranadino. Moncayo, un ecuatoriano. René Moreno, un boliviano. Porto Seguro, un brasileño. Brun, un uruguayo. Reyes, un mexicano. Moreno, un paraguayo. Irisarri, un guatemalteco. Rowe, un norteamericano. Mitre, Alberdi, Sarmiento, López y Gutiérrez, eran argentinos de pensamiento democrático y republicano.

¿Qué americano ilustre no ha colaborado en la formación, desarrollo y engrandecimiento de la Universidad de Chile?”

Pero también quedan otros hechos e instituciones. En el mismo año de la creación de la Universidad de Chile, Sarmiento funda y es el primer director de la Escuela Normal de Preceptores, que será a su vez la primera de América.

Esta Escuela Normal, junto a la Universidad de Chile, serán unos decenios más tarde, los centros de formación de muchas generaciones de jóvenes extranjeros que vienen a educarse a nuestro país, pero también de allí saldrán innumerables misiones al exterior, que ayudarán a definir los sistemas nacionales de educación y cultura de países hermanos.

Es así como se va configurando la activa interacción intelectual entre nacionales y extranjeros, que servirá como modelo de integración americana que Chile adoptará e impulsará en sus futuras relaciones internacionales.

La profundidad del proceso de integración cultural que intentamos destacar, para mostrar su valor en la formación de una conciencia y vocación internacionales, es aún más amplio. En el segundo cuarto del siglo XIX, el arribo de una pléyade de intelectuales, mayoritariamente europeos, intensifica el proceso de universalización cultural. Este grupo influiría en el desarrollo y en muchos casos señalaría el inicio del cultivo de campos culturales hasta entonces incipientes o apenas avistados.

Sería injusto si por lo menos no mencionásemos al matemático español Andrés Antonio Gorbea; al médico inglés, padre de una ilustre descendencia, doctor Guillermo Blest; a Lorenzo Sazié, decano fundador de la Escuela de Medicina; y a sus colegas Grajales, Raventós y Petit, todos memorables en la fundación de sus especialidades.

En otro plano, están los científicos y naturalistas Claudio Gay, Ignacio Domeyko y Rodulfo A. Philippi, que además de la docencia, tuvieron el mérito de continuar avanzando en el descubrimiento de Chile. Lo caminaron, observaron y analizaron, poniendo denominaciones a plantas, animales y piedras, uniendo al examen empírico la magia del verbo que a través del nombre le da permanencia a seres y cosas.

Gay fue uno de los más importantes divulgadores nacionales al publicar en París su impresionante "Historia física y política de Chile".

Domeyko, que recogió la herencia de Bello en la Rectoría de la Universidad, hizo avanzar el desarrollo del conocimiento de los recursos naturales y fue en su vida personal un ser simbólico de la pasión libertaria del intelectual.

Todos ellos hicieron trascender el nombre de la patria adoptiva y comenzaron a insertar seriamente a Chile en el escenario internacional de la cultura. Al mismo tiempo que ayudaban a construir

la nacionalidad, empezaban a crear las responsabilidades que la nación como país y sus dirigentes como gobierno deberían sostener por años.

Y no lo hicieron en el medio fácil y tampoco negándose a la honesta y educativa confrontación. Fueron capaces de realizar su alta contribución a Chile a través del propio ámbito intelectual que ayudaron a crear.

La élite chilena, sin embargo, era consciente de las dificultades de construir un país, e hizo una acertada elección promoviendo la inmigración intelectual en todos los campos, recurriendo más y más a la asistencia técnica internacional personalizada.

También trajo a economistas como Courselle-Seneuil, uno de los últimos representantes de la Escuela Liberal, de gran influencia durante el siglo pasado; y también a un grupo de artistas que hasta hoy perpetúa la imagen de Chile en algunos museos del mundo. Buen ejemplo son Rugendas, Monvoisin y Cicarelli, quienes más tarde serían seguidos por otros pintores también de nota.

Pero el proceso de integración cultural ya tiene un tono diferente. Empieza el flujo de latinoamericanos que viene tras una imagen nacional de apertura, a lo mejor originada en las tempranas opiniones de Bolívar sobre Chile, y reforzada durante el período de estabilización democrática-republicana. Es el caso de Eugenio María de Hostos y Rubén Darío, por ejemplo, y ellos serán de los primeros divulgadores entusiastas de la realidad que conviven.

Por otra parte, el Gobierno adopta decisiones importantes para orientar el estudio de nacionales en el exterior y los chilenos empiezan a salir. Complementariamente se contratan misiones extranjeras con programas de trabajo claros y sistemáticos. Así se empieza a consolidar la estructura educacional (Liceo y Universidad) que sería la base de la institucionalidad estable, participativa e integradora, a su vez origen de su vocación internacional.

En efecto, al final de los años '80, comienza el envío de ilustres compatriotas a perfeccionarse en el exterior y un flujo de misiones educacionales de extranjeros en el país. En 1888 don José Abelardo Núñez, inicia con una comisión de estudios en los Estados Unidos y Europa, lo que sería ya una corriente constante. Un decenio más tarde, sale la segunda misión al Seminario Real de Maestros de Dresden. En 1889, viene a nuestro país la misión de profesores alemanes que daría gran importancia al desarrollo del Liceo y a la fundación del Instituto Pedagógico.

Entre los nombres más ilustres, están Schneider, Steffen, Hansen y Johow, de notable recuerdo en la historia cultural de la nación.

Los resultados se ven también pronto en el campo internacional. Como dice Feliú Cruz:

“Las juventudes americanas de la segunda mitad del siglo pasado aprendieron a leer en el libro del maestro chileno José Abelardo Núñez” . . . “y en la “Historia de América” y en la “Geografía Física” de Barros Arana aprendieron los estudiantes de nuestras repúblicas a querer su pasado y a sentir lo que dan estas tierras, que tan fuertemente, con tanta pasión nos describiera el alma generosa de Humboldt”.

LA PROYECCIÓN CULTURAL DE CHILE EN EL SIGLO XX

El siglo xx se inicia con el viaje de un grupo de profesores a las Universidades de Columbia y Nueva York, entre los cuales el más destacado es don Darío Salas, quien justificaría la utilidad y sistemática de sus estudios con una acción creadora muy sostenida y la publicación de una obra ya clásica en el desarrollo educativo del país: “El problema nacional”.

El flujo continúa con mayor constancia durante toda la primera mitad del siglo xx. Es así como en los años '20 y '30, numerosos grupos de profesionales chilenos van a Europa, especialmente a Alemania, y a los Estados Unidos, y persiste la actitud de apoyo especializado que se recibe de otros países. Asimismo las universidades chilenas continúan promoviendo la participación de científicos extranjeros. Casos notables del siglo xx son el biólogo italiano Juan Noé, Alejandro Lipschütz, que viene en 1926 a la Universidad de Concepción, y el profesor George Nicolai.

A esta situación hay que agregar un hecho nuevo, que es ahora la presencia destacada de intelectuales y artistas chilenos en el escenario internacional.

La primera es Gabriela Mistral, invitada por Vasconcellos a México; después, Huidobro, quien participa activamente en el movimiento de vanguardia de la literatura francesa y española y se disputa la paternidad del “creacionismo” con destacados poetas franceses. Es Neruda, llevando a Europa el idioma poético de una lengua española transformada por la experiencia vital y telúrica de un país ya con personalidad propia, uniéndose a una pléyade de poetas españoles y siendo singular su amistad con Federico García Lorca. Claudio Arrau aparece en todos los escenarios como sobresaliente intérprete de los clásicos de la gran música. La educadora Amanda Labarca lleva su saber innovador a los más importantes centros universitarios de los Estados Unidos y Europa. Chile ya está en el mundo. Es así como la comunidad internacional organizada elige a don Agustín Edwards presidente de la Sociedad de las Naciones, y a don Alejandro Alvarez para que integre la Corte Internacional de Justicia.

Este período en que empiezan a destacarse nuestros propios es-

critores y artistas en los centros más importantes del mundo, es un poco el resultado y la cosecha de aquella posición de apertura a que nos referíamos y que también influye grandemente para darle prestigio a Chile como un país que se puede insertar con mucha legitimidad civilizadora en el mundo de la cultura internacional.

En los mismos años a que nos referimos, las décadas de los '30 y '40, hay un elemento extraordinariamente significativo. Cerca del diez por ciento de los alumnos de la Universidad de Chile son extranjeros y provienen casi en su totalidad de países de América Latina, la mayoría de los cuales se matriculan en carreras científicas y pedagógicas. En esa misma década se inician varias misiones pedagógicas chilenas en distintos países del continente, que tendrían gran relevancia en el mejoramiento del sistema educacional y cultural de dichas naciones. Entre las más destacadas, están las que realizan Luis Galdames, Arturo Piga y Oscar Bustos en Centroamérica. El Rector Monje Alfaro, de la Universidad de Costa Rica, decía en uno de sus libros:

“... me imagino que una buena mayoría de educadores jóvenes desconoce la brillante contribución que en los distintos niveles de la educación costarricense aportó esa asistencia técnica proveniente de un país, que como Chile, era en ese entonces, pionero de América Latina en la innovación educativa y en la alta calidad de sus profesores. Debe reconocerse como, sin tener entonces, organismos especializados como la UNESCO y la OEA, un país amigo prestó a tres de sus mejores educadores para ayudar al maestro costarricense a entrenar nuevos caminos en el quehacer educativo”.

Otra misión importante fue la que en una primera etapa se realiza en Venezuela en 1937 con la participación creadora de Oscar Vera Lamperein. Después, entre 1938 y 1940, trabaja en Caracas otro grupo de profesores, los que serían posteriormente dirigentes destacados de la educación y la cultura chilenas. Entre ellos estaban tres futuros Rectores de nuestras universidades, como Juan Gómez Millas, Eugenio González y Horacio Aravena, un Premio Nacional de Literatura como Humberto Díaz Casanueva, Julio Heise, Marco Bontá, Humberto Fuenzalida y Humberto Parodi. Este último, se quedaría largos años como Director del Instituto Pedagógico de Caracas. Al comienzo de los años '50, vuelve otra misión a Venezuela, para asesorar fundamentalmente en el desarrollo de la educación primaria y normal.

En 1935 se creó el Instituto Pedagógico en Panamá y para realizar esta tarea se contó con maestros panameños formados en Chile y en otros países y se contrató a profesores extranjeros, especialmente

chilenos. Lo mismo sucede en El Salvador, donde a mediados de este siglo actuó un grupo llamado "los reformadores del '40". Según un investigador salvadoreño, tuvieron particular influencia en dicha generación algunos profesores que hicieron estudios regulares en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile. Igual cosa sucede en República Dominicana, Nicaragua y Cuba; y en Honduras a principios del año '50.

En sentido inverso, Chile también recibe un aporte muy significativo: del Perú vienen Luis Alberto Sánchez y Manuel Seoane, fundadores de esa inolvidable empresa cultural que fue la Editorial Ercilla. De Venezuela, Rómulo Betancourt; de Ecuador, José María Velasco Ibarra; de la República Dominicana, Juan Bosch, todos grandes hombres públicos de América y que aquí se destacaron en la cátedra, en la prensa o en sus libros. Finalmente, la última inmigración importante la constituye ese numeroso grupo de españoles que busca refugio en esta tierra, después de la trágica experiencia sufrida en su país. Allí vienen Leopoldo Castedo, José Ferrater Mora, José Ricardo Morales, Eleazar Huerta, Antonio Romera y tantos otros que se incorporarían con interés y efectividad a nuestro desarrollo cultural.

Durante la Segunda Guerra Mundial llegan al país continuamente intelectuales y profesionales desplazados por la conflagración, especialmente del centro de Europa.

Poco después, gracias a la visión anticipatoria de Irma Salas, llegan las misiones americanas que ayudarían a impulsar la renovación del liceo chileno. Y es también esta distinguida pedagoga quien está vinculada al aporte que recibimos para el desarrollo de los Colegios Universitarios Regionales.

Sin embargo, la postguerra significa un nuevo y fuerte impulso a la permanente política de intercambio.

Es así como con el surgimiento de los mecanismos multilaterales y bilaterales de cooperación técnica, Chile encuentra una oportunidad para reforzar su inserción en el mundo internacional. Aprovecha toda esta cooperación para consolidar nuestra infraestructura tecnológica y ofrecer su experiencia a naciones hermanas.

Es en esta época cuando se comprueba aún más el valor de una conducta producto de un proceso de formación nacional abierto al mundo internacional. Se denota una gran agilidad para absorber el conocimiento universal, muy acelerado en algunos sectores por la guerra reciente, y una actitud generosa para brindar el ya notorio acervo logrado por el desarrollo de la educación y la cultura en el país.

La actitud de nuestros gobiernos permite estar presente en todas las iniciativas importantes del período y, más aún, ser el autor de algunas ideas que serían fundamentales para el desarrollo latino-

americano. Los casos más destacados son el establecimiento de la Comisión Económica para América Latina, cuya creación está íntimamente vinculada a Alberto Baltra y Hernán Santa Cruz y el Banco Interamericano de Desarrollo nacido de las inquietudes y propuestas de Jorge Prat, Arturo Maschke y Felipe Herrera. Este último, durante el desempeño de la Presidencia del BID impulsa una política de fomento de la educación, la ciencia y la tecnología, caso excepcional en ese tipo, tratándose de una institución financiera, y se otorgan créditos a las universidades y centros superiores de educación. Asimismo se funda el Instituto para la Integración de América Latina (INTAL). Felipe Herrera también será llamado a integrar el Comité que elaboraría la propuesta para la creación de la Universidad de las Naciones Unidas y en los últimos años se hará cargo de la presidencia del Fondo Internacional de Promoción de la Cultura, de la UNESCO.

La nueva Organización de los Estados Americanos que se había creado en 1948, brinda también oportunidad a otro sobresaliente compatriota para contribuir a una expresión de cooperación multilateral en que también la presencia internacional chilena de la educación y la cultura estaría presente. El ex Presidente Provisional de Chile, don Carlos Dávila, quien se había destacado en los Estados Unidos por sus actividades periodísticas y la publicación de su libro "Nosotros, los de las Américas", pasó a desempeñar por esos años la Secretaría General de la OEA y dio un impulso decisivo al inicio de los nuevos programas sobre cooperación técnica, educación y cultura que se incluían dentro de las formas cooperativas del Sistema Interamericano. Asimismo, en el campo de las nuevas concepciones modernizadoras del desarrollo, se destaca Raúl Sáez, integrante de un selecto grupo de estudiosos de América Latina.

En ese mismo período, el Embajador chileno Benjamín Cohen, como primer Subsecretario General de las Naciones Unidas a cargo de la Información Pública, sería el encargado de planificar una política cultural y de información a escala mundial. Esta presencia internacional del país culmina en 1955 con la elección de don José Maza Fernández como Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Es en estos años, también, cuando se observa una activa presencia de profesionales chilenos en los organismos internacionales de reciente creación, y que tendrán oportunidad de ejercer su voluntad de asistencia y captar experiencias interesantes, que a la larga ayudarán a mejorar nuestro proceso de desarrollo. En el campo de la salud pública, es destacado el trabajo del Dr. Abraham Horwitz, como Director de la Organización Panamericana de la Salud quien, con un grupo numeroso de médicos chilenos, desarrollará una labor vastamente reconocida.

Entre las modalidades que tipifican las dimensiones internacionales de nuestra confirmada vocación, no podemos dejar de mencionar el funcionamiento en Chile de las Escuelas Internacionales de Temporada. Creadas en la década de los años '30 como un dispositivo de intercambio cultural, alcanzaron su mayor desarrollo y significación bajo el rectorado del eminente maestro don Juan Gómez Millas, cuando un numeroso grupo de intelectuales de Europa y América llegaba a dictar cursos de verano sobre temas de actualidad internacional.

Pocas veces Chile estuvo tan presente en el mundo latinoamericano, como en el momento en que se institucionalizan los mecanismos de asistencia técnica internacional, porque se le ofrece un escenario para el cual se había preparado por decenios y porque la colaboración y la apertura ya formaban parte de su historia.

Pero la acción internacional de Chile que se ha descrito en relación a los principales organismos internacionales contemporáneos, se ha expresado también en numerosas otras iniciativas que han puesto a la cultura de nuestro país en la vanguardia del progreso de la comunidad de las naciones. Si se piensa, por ejemplo, en la contribución efectuada al derecho del mar a partir de la proclamación del Presidente Gabriel González Videla en 1947, o al desarrollo del sistema antártico, o a las políticas relativas al medio ambiente, entre muchos otros temas que requerirán de la cooperación entre los Estados y las entidades públicas y privadas que intervienen en la vida internacional, se podrá apreciar la magnitud de este fenómeno.

Particularmente significativa ha sido esta proyección de nuestra educación y cultura en el ámbito latinoamericano, donde ha intervenido decisivamente en la configuración de personalidad internacional de nuestra región. Las principales iniciativas conducentes a la creación de los mecanismos de la integración económica regional se han originado en medida importante en nuestro país, ya sea en la etapa de su concepción o de su materialización. No puede olvidarse en este sentido la importante gestión del ex Canciller Germán Vergara Donoso en la creación de ALALC, o la que le correspondiera al ex Canciller Gabriel Valdés en el nacimiento del Grupo Andino y en la Organización de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA), que posteriormente diera origen al actual Sistema Económico Latinoamericano (SELA). Este hecho se agrega a la creación de CEPAL y de las comisiones regionales de Naciones Unidas, que también encuentran su origen en esta concepción, a que ya hemos hecho referencia.

Algunas políticas funcionales de especial importancia guardan también relación directa con este proceso característico de nuestra historia. Es así como la Doctrina Alessandri sobre el armamentis-

mo regional, formulada al asumir sus altas funciones el entonces Presidente Jorge Alessandri Rodríguez, llevó a un replanteamiento del problema en América Latina, del cual surgiría poco tiempo después el Tratado de Tlatelolco sobre prohibición de armas nucleares en esta región del mundo. En otro plano, la coordinación de políticas en la producción de cobre al nivel de países en desarrollo, que fuera impulsada por Chile como el principal productor dentro de ese ámbito, llevó a la creación del Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre (CIEPEC), que hasta hoy nos vincula con Perú, Indonesia, Zambia, Zaire y otras naciones participantes.

La política de vinculación de América Latina con el Pacífico es también una creación del abierto espíritu cultural de Chile, como lo es la concepción de la soberanía permanente sobre los recursos naturales —llevada al seno de las Naciones Unidas por el Embajador Daniel Schweitzer—, la discusión sobre la actuación internacional de las empresas transnacionales o las innumerables contribuciones al desarrollo progresivo del derecho internacional, entre muchas otras manifestaciones.

Todo ello nos permite afirmar que son pocas las iniciativas destinadas a fortalecer la identidad de América Latina en las que haya estado ausente la capacidad creativa y el intelecto de nuestra sociedad y de sus hombres. De esta manera, la educación y cultura de Chile no sólo ha contribuido a la formación de la personalidad latinoamericana, sino también a determinar las modalidades y formas de su inserción en el sistema internacional general, lo que representa una tarea de especial relevancia en el mundo actual.

EL PAPEL DE LOS ELEMENTOS CULTURALES EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Como se ha podido comprobar en este sucinto examen, pocos instrumentos hemos tenido para ejercer presencia en el mundo como éstos. Por eso he insistido en que la vocación de integración ayuda a definir la personalidad nacional, a estimular su desarrollo y a estar presente en el cambio histórico y social del continente. Integración que ha significado recibir con agradecimiento y dar con humildad.

En este sentido, la evolución de Chile fue un anticipo de las modernas concepciones sobre el tema, que radican la esencia de la comprensión internacional en el logro del desarrollo nacional como un todo.

En el famoso informe Dag Hammarskjöld 1975 sobre el Desarrollo y la Cooperación Internacional, se anota:

“El desarrollo es un todo: es un proceso cultural, integral, ri-

co en valores, abarca el medio ambiente natural, las relaciones sociales, la educación, la producción, el consumo y el bienestar. La diversidad de las formas de desarrollo responde a la especificidad de las situaciones culturales o naturales; no existe una fórmula universal. El desarrollo es endógeno; brota de las entrañas de cada sociedad, al definir soberanamente la visión de su futuro, en cooperación con sociedades que comparten sus problemas y aspiraciones. Al mismo tiempo, la comunidad internacional como un todo tiene responsabilidad de garantizar las condiciones para el desarrollo autodependiente de cada sociedad, haciendo disponible para todos los frutos de la experiencia de los otros y ayudando a aquellos entre sus miembros que tenga necesidad. Esta es la esencia misma del nuevo orden internacional y la justificación para una reforma del Sistema de las Naciones Unidas”.

Tal como se observa, el propio orden internacional supone un desarrollo independiente y autónomo, esto es, reivindica la antigua fórmula del poder nacional. En esencia, sólo una nación culturalmente integrada puede proceder a una vinculación no dependiente dentro del sistema internacional.

Por eso el nuevo orden internacional es cada vez más una relación cultural, a diferencia de la relación interestatal que, perfectamente bien, podría ser comprendida como una relación de política pura. La complejidad del mundo contemporáneo ha hecho, en cambio, que hoy la política internacional esté tan inmersa en lo social y en lo económico como en lo cultural y en lo educacional, de modo que es bien difícil separar lo específicamente político del resto de los contenidos.

Muchos factores han determinado esta fundamental transformación. En primer lugar, el paso de un mundo dominado por consideraciones de seguridad estratégica y por la confrontación entre las dos superpotencias, como el de la postguerra, a otro signado por la búsqueda de la distensión y por una atmósfera más favorable a la prosecución de otros intereses —económicos, tecnológicos, ecológicos y culturales— en las relaciones entre los Estados. En el frente interno, los Estados nacionales se comprometen con una gama de objetivos cada vez más amplia y más compleja, que junto a la seguridad nacional incluyen el desarrollo económico y la identidad cultural de sus países, y que pasan a gravitar decisivamente en sus relaciones externas. En el plano internacional, el mundo rígidamente jerarquizado del período de postguerra cede paso a un mundo multipolar, con la reconstrucción o el surgimiento de Europa, el Japón y China junto a las grandes potencias y con un creciente número de países en desarrollo, muchos de los cuales disponen de un margen de maniobra apreciablemente ampliado.

Se multiplican los temas, los agentes y los escenarios en torno a los cuales se desenvuelven las relaciones internacionales. Es decir que el mundo se globaliza y las tradicionales vinculaciones entre las sociedades nacionales, otrora monopolizadas por el Estado, pasan a ser transnacionales.

Pero por esa misma razón, otra característica de la relación transnacional que adquiere importancia es que el impacto sobre el poder nacional de los Estados varía considerablemente según la dimensión y magnitud de éstos. Las grandes potencias nucleares procuran utilizar las relaciones transnacionales como un aditamento cultural que pueda legitimar sus pretensiones imperiales. En cambio, los pequeños Estados aprecian en la transnacionalización un desafío crucial que, según sus modalidades y diferentes coyunturas internacionales, puede conducir ya sea a un fenómeno de dependencia o a la reafirmación de una identidad nacional capaz de desempeñarse acertadamente en ese medio.

Como es sabido, el concepto de interés nacional es de carácter más histórico que racional, entendiendo por este último aquellas categorías analíticas claras y distintas. Sin embargo, existe consenso entre los tratadistas de las relaciones internacionales que, pese a las dificultades inherentes al concepto, éste es irremplazable, ya que designa una realidad: los Estados tienen objetivos históricos si pretenden sobrevivir a las contingencias de lo efímero y circunstancial manteniendo su identidad propia. Naturalmente la identidad combina la tradición y el cambio. Una identidad fijada en el pasado es cultura muerta y como tal ni vivible ni pensable por las generaciones contemporáneas. Una identidad que fuese el fruto de una mera construcción teórica o intelectual no tendría raíces, careciendo de savia transmisora de vida. Así, la identidad nacional requiere una dosis de continuidad e innovación y una de las tareas propias de la indagación innovadora la constituye averiguar lo que favorece o menoscaba el interés nacional. En el caso de Chile y otros Estados con largos caminos por delante, el destino atraviesa por el aumento de su prestigio cultural y moral, por la identificación clara de los requisitos internacionales necesarios para su desarrollo económico, por el trabajo constante para que la paz se mantenga y perfeccione como método regular de relacionamiento entre los Estados y los pueblos. En síntesis, pasa por la reiteración perseverante de lo que ha sido nuestro proceso histórico, tan volcado al exterior a través de la cultura.

Detengámonos un momento en el prestigio cultural. Efectivamente, es un valor intangible, de difícil formulación y mensura, lo que no debe llevar a negar su evidente realidad y los visibles efectos de su acción. Como lo hemos esbozado, la historia cultural chilena nos confirma también que nuestra comunidad nacional paula-

tinamente emprendió esta vía para consolidar la presencia exterior del país. Nada lo prueba mejor que el legítimo prestigio de que ha gozado en el continente la Universidad que fundara don Andrés Bello.

Sin embargo, esta situación tan evidente no ha sido sistematizada como un ejercicio de política internacional porque, en general, los parámetros geopolíticos clásicos del interés nacional son manejados con mayor conocimiento que los modernos hitos culturales. A veces se oculta, o no siempre ha estado suficientemente claro, que entre ellos hay una interacción mutua que implica que el prestigio cultural procure hacer más ciertas y seguras las propias fronteras del país. Y aquí insistiría en que es necesario estudiar con detenimiento el valor de la educación y la cultura, y particularmente de la Universidad de Chile, en nuestra experiencia internacional. Porque es indudable que la cultura señala otras fronteras al país. Las extiende y les cambia la textura de su sensibilidad.

Lo mismo ocurre con su estrategia de desarrollo económico. Así como en lo cultural Chile no tiene límites para su relacionamiento con países, pueblos o culturas, pues todos ellos pueden ser próximos o semejantes, y desde nuestra propia identidad es posible tener empatía para comprender, respetar y valorar las estructuras culturales de todos los pueblos, en lo económico los espacios se integran y complementan.

En efecto, el espacio geográfico que impone el desarrollo económico y social es ahora a escala planetaria y las necesidades y propósitos de humanización de los países superan y trascienden muchas expresiones de egoísmos surgidos de intereses inmediatos y locales.

Un país volcado hacia el mundo, para lograr perfeccionar su propia identidad y para resguardar activamente su interés nacional, requiere un cierto contexto internacional que garantice establemente la paz y la concordia universal.

Y este contexto se verá favorecido por un código de principios basado en la educación y la cultura. Chile tiene una tradición en este campo, y la supo usar positivamente para establecer su vocación internacional, vocación muy interesada, pues se orientó conscientemente para el fomento de la integración y la amistad y el logro supremo de la paz.